

“No desprecian a un profeta más que en su tierra...” (Marcos 6,1-6)

Por más que reflexionemos una y mil veces sobre este texto del Evangelio, nos cuesta Dios y ayuda dar el paso y confiar en quien tenemos a nuestro lado. Nos parece que aquel de quien ignoramos la cotidianeidad está más autorizado para acercarnos a la verdad. De este modo asumimos con mayor agrado las ideas y propuestas que nos llegan de “afuera” que las de aquel con quien compartimos el día a día.

A tal punto hemos llegado que, cuando buscamos afirmarnos en algo ante nuestros iguales, preferimos hacerlo por la boca o la letra de otros, con la certeza que nuestras convicciones tendrán más acogida. ¡Cuánta riqueza se pierde por esta dinámica de nuestra fragilidad humana!

Nos dice el Evangelio que Jesús sintió que no podía hacer más milagros entre los suyos y que, extrañado ante la *“falta de fe”* de sus paisanos, continuó su misión por otros pueblos... Estamos ante la segunda fase del problema: no solamente no somos capaces de reconocer en el cercano sus capacidades y sus verdades sino que, además, provocamos que ya no actúe con nosotros, que tenga que alejarse, empobreciendo así nuestro contexto inmediato.

Reflexionar sobre este texto es muy fácil cuando el dedo acusador apunta hacia terceros. Pero ¿qué pasa conmigo? ¿Sé valorar y potenciar lo mejor de aquellos con quienes convivo? ¡Claro que tenemos deficiencias y que estamos muy lejos de la figura de Jesús de Nazaret! ¡Faltaba más! Quizá por eso mismo es más perentorio que nunca trabajar en nosotros la capacidad de admirar, apoyar, reconocer, escuchar, promover... a quien tenemos a nuestro lado.

Y cuando se trate de confrontarnos en la búsqueda del bien y la verdad hacerlo siempre a partir de todo lo bueno que el otro aporta y no desde la desautorización o el ninguneo.

Un texto tan traído y llevado como el que hoy nos presenta el Evangelio amerita una lectura más profunda y una valoración sincera y humilde de las propias actitudes. Quizá el primer paso consista en reconocer que en nosotros suelen repetirse las actitudes de los paisanos de Jesús. ¿No sería una buena idea proponernos recuperar el valor de alguna persona cercana con quien ya no contamos? Sin *“moralina”* (que no es sino culpabilidad inerte...) sino desde una autocrítica confiada, sabiendo que es la mejor forma de ser constructores de una enriquecedora fraternidad Hospitalaria.



Danilo Luis Farneda Calgaro PASTORAL.

ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA - COORDINACIÓN PROVINCIAL